

LA DURACION DE NUESTRA VIDA EN LOS CINCO CONTINENTES

por el Prof. GEORG. J. STOLNITZ
y el Prof. ANSLEY J. COALE

De las universidades de Bloomington y de Princeton respectivamente

La edad media de los distintos pueblos de nuestro mundo es muy diversa y en muchos países se diferencia esencialmente la actual distribución de edades de la de tiempos pasados.

Encontramos la población con más alta edad media en el noroeste de Europa. En Francia, Inglaterra y Suecia, por ejemplo, el 12 por ciento de los habitantes tiene más de 65 años y el 50 por ciento, en cálculo aproximado, más de 33, 36 y 37, respectivamente. Encontramos la edad media más baja en los países en desarrollo en los pueblos de Asia, África y América Latina que no han pasado aún por la evolución industrial y técnica. La mitad de la población del Pakistán tiene menos de 18 años, en el Congo menos de 20 años y en el Brasil menos de 19. El porcentaje de los mayores de 65 años en el Brasil es la cuarta parte del porcentaje de los mayores de 65 años en Francia. El porcentaje de los menores de 15 años en Pakistán es el doble que en Inglaterra. Paradójicamente las naciones más viejas —China, la India y Egipto— tienen una edad media muy baja.

En los países altamente industrializados la edad media de la población es más alta que en los países no desarrollados. Es también más alta de lo que era hace 50 y 100 años. A partir del año 1900 la edad media subió en Inglaterra de 24 a 36 años, en los Estados Unidos de 23 a 26 y en Rusia de 21 a 27. En los países en desarrollo, en cambio, la edad media de la población varió poco, donde no ha bajado. En Taiwán, por ejemplo, desde 1915 descendió de los 21 a los 18 años.

El factor decisivo en lo que atañe a la edad media de una población es la frecuencia de los nacimientos. El alto tipo de edad media de las naciones industriales de la Europa occidental se explica por la baja cuota de nacimientos de estos países. Y la alta cuota de nacimientos de los países en desarrollo explica el bajo nivel de la edad media en estos pueblos.

Muchos supondrán, probablemente, que las poblaciones alcanzan un elevado nivel de edad media cuando la mortalidad desciende y aumenta la perspectiva de duración de la vida. ¿No trae consigo una disminución de la mortalidad una elevación de la edad media en que se muere? ¿No hay a consecuencia del descen-

so de la mortalidad más personas viejas que en tiempos de la alta cuota de mortalidad?

Es cierto que con el descenso de la cuota de mortalidad aumenta la edad media en que se muere. Pero la edad media de una población es el indicador de la edad media de las personas vivas, no de la edad media en que mueren. Es cierto también, naturalmente, que con la disminución de la cuota de mortalidad se eleva el número de personas viejas de una población. Pero lo que no debe olvidarse es el hecho que una disminución de la mortalidad aumenta igualmente el número de jóvenes. Sobreviven más personas los primeros diez, veinte o cuarenta años y es mayor el número de personas que alcanzan una edad avanzada. Y al ser mayor el número de los que llegan a la nubilidad, es también mayor el número de niños que nacen. La causa de que un descenso de las cuotas de mortalidad traiga consigo un rejuvenecimiento de la población es que los avances en la conservación de la salud y en la medicina garantizan especialmente la supervivencia de niños y jóvenes.

La prolongación de la perspectiva de duración de la vida en los Estados Unidos, por ejemplo, de aproximadamente 45 años a comienzos de siglo a más de 70 años en la actualidad, se debe esencialmente al éxito de la lucha contra la mortalidad de los niños en la edad de la lactancia y en la temprana edad infantil. Por esta razón la disminución de la mortalidad ha producido el efecto de un rejuvenecimiento de la población, pero esta impresión se desvanece por el mucho más trascendente influjo de las cuotas de nacimientos en proceso de descenso que al mismo tiempo se produce. En realidad, la población de los Estados Unidos, desde 1900, a causa del descenso de la frecuencia de los nacimientos, se ha hecho más "vieja"; pero la disminución de la mortalidad (con su tendencia a un bajo nivel de la edad media de la población) ha preservado a la nación norteamericana de una edad media más alta aún.

Los países intensamente industrializados han experimentado, ya desde su fase preindustrial, una disminución de más del 50 por ciento en los nacimientos y con ello un aumento del nivel medio de edad de su población. En Francia y en los Estados Unidos, por

ejemplo, descendió la frecuencia de los nacimientos durante todo un siglo, llegando a un bajo nivel poco antes de la Segunda Guerra Mundial. En ambos países el nivel medio de la edad fue aumentando, subiendo en los franceses, entre 1800 y 1950, de 25 a 35 años; en el mismo lapso subió en los Estados Unidos de 16 a 30 años. Tras el bajo nivel de la frecuencia de los nacimientos alcanzado en 1930, subió ésta en ambos países de nuevo lentamente. Este aumento evidenció por primera vez un descenso del nivel medio de edad en las estadísticas demográficas de las dos naciones. Entre 1950 y 1960 disminuyó el nivel medio de edad de 35 a 33 años en Francia, y de 30,2 a 29,6 en los Estados Unidos.

Al comparar las estratificaciones de la población del mundo en el pasado y en el presente o las fases de los procesos de evolución, debemos establecer una exacta diferenciación según zonas geográficas o según la situación económica. Para describir los movimientos demográficos internacionales y sus fenómenos concomitantes es útil y adecuado dividir las poblaciones en tres grupos.

El primer grupo comprende los pueblos de la Europa septentrional, occidental y central, así como a sus descendientes emigrados durante el siglo XIX principalmente a los Estados Unidos, el Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Por mayor facilidad, y sin el menor matiz político, proponemos llamar "el Occidente" a este grupo.

El segundo grupo consta de los países de la Europa del Este y del Sur, es decir, de zonas que se encuentran en una fase intermedia de la evolución.

Pertenecen al tercer grupo la América Latina, Asia y la población indígena de África. Sin duda omitimos muchos hechos al incluir en un solo grupo a la densamente poblada India, el poco poblado Medio Oriente o las jóvenes naciones del África central y los países latinoamericanos. Esta distribución está justificada, sin embargo, como punto de partida de nuestra investigación. En casi todas las zonas de estos tres continentes la modernización económica se encuentra en su fase inicial mientras la frecuencia de los nacimientos se ha quedado detenida en el nivel de la fase tradicional, preindustrial. Las excepciones —el Japón, la Argentina y algunos otros Estados— deberán ser consideradas aparte y no constituir la base de nuevas clasificaciones. Añádase que en lo que atañe a estos tres continentes sólo poseemos, hasta los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, material estadístico suelto e incompleto. Aun hoy hay aquí grandes vacíos y las conclusiones que pueden obtenerse con seguridad deberán, por lo mismo, tener necesariamente un carácter muy rudimentario. Mas, afortunada-

mente, pueden ser aplicadas, con extraordinaria coincidencia, a los llamados países en desarrollo.

Consideremos, pues, con mayor circunstancia, los tres grupos. Centro y punto de partida del proceso del movimiento demográfico fue, sin duda, el Occidente. Las naciones occidentales fueron las primeras en poner en marcha la modernización económica, fueron las que más consiguieron aumentar la capacidad de producción y los ingresos per capita, estando más fuertemente expuestas a la acción recíproca entre evolución demográfica y rápido y duradero cambio de su economía. Como el desarrollo de economía y estadística suelen ir yuxtapuestos, el Occidente dispone también del más completo material estadístico sobre esta acción recíproca.

Pero las propias estadísticas no alcanzan muy atrás en el pasado, desgraciadamente. Sólo indirectamente y recurriendo a presunciones retrospectivas puede establecerse que en el lapso de uno o dos siglos antes de la revolución industrial las cuotas de mortalidad y nacimientos tienen que haber disminuido. La reducción de la mortalidad estuvo caracterizada por una tendencia no constante, que a su vez evidenció grandes oscilaciones. El curso de las cuotas de nacimientos es aún más difícil de reconstruir. Los primeros datos cuantitativos sobre la frecuencia de los nacimientos se sitúan típicamente muy por bajo de los que disponemos sobre la América Latina y Asia en poblaciones sin control de nacimientos.

La borrasca se desató en el último cuarto de siglo. En todos los países, uno tras otro, empezaron a descender las cuotas de nacimientos y mortalidad en proporción antes desconocida. Uno de los aspectos más dignos de ser considerados fue el de que el proceso se manifestara en tan gran número de países casi al mismo tiempo, abstracción hecha de esenciales diferencias en la estructura política y social, en las premisas económicas y en el contexto histórico. Un gigantesco proceso de propagación, como jamás se había observado hasta entonces, se produjo repentinamente y persiste en todo el Occidente hasta hoy.

A partir de 1870 las cuotas de mortalidad descendieron en forma continua. Las dos guerras mundiales apenas influyeron en esta tendencia. Sería difícil, por ejemplo, establecer diferencias, bajo este punto de vista, entre Estados neutrales y Estados beligerantes desde el momento en que todos los pueblos del Occidente evolucionaron en el sentido de una creciente perspectiva de aumento de duración de vida, de modo cada vez más similar. Hace un siglo el nivel medio de perspectiva de duración de la vida ascendía a unos 40 años; hoy ha llegado a los 70 o más. Parece seguir subiendo, si bien es posible que disminuya. En el pasado fue sobre todo el descenso de la mortalidad

En los años de juventud lo que trajo una creciente perspectiva de mayor duración de la vida. Hoy, sin embargo, es tan escasa la mortalidad en las personas menores de 50 años que incluso su total superación sólo traería una modesta ventaja para el nivel medio de perspectiva de duración de la vida. Ciertamente si se alcanzaran mayores éxitos contra las enfermedades de la vejez —especialmente corazón y cáncer— se desplazarían nuevamente los límites y ello en la misma medida que ocurrió en el pasado tras el descubrimiento de nuevos y eficaces medios para combatir las enfermedades infecciosas.

El aumento de las cuotas de nacimientos en los países occidentales después de la Segunda Guerra Mundial es la primera alteración en un proceso evolutivo que había durado casi una centuria. Significa al mismo tiempo la anulación de la uniformidad del ritmo hasta entonces evidenciado en la evolución de la frecuencia de los nacimientos. Mas parece seguro que la frecuencia de los nacimientos de los países occidentales no anulará en el futuro la prolongada evolución del pasado.

Los períodos del movimiento demográfico a que hemos hecho referencia fueron lapsos en los cuales un rápido crecimiento de la población se produjo en combinación con grandes cambios en la estructura de la edad. Entre los pueblos occidentales establecidos de antiguo, aumentaron del doble al triple, entre 1850 y 1950, Noruega, Dinamarca, Inglaterra y Gales, Suecia y los Países Bajos, a pesar de altas cuotas de emigración. Los países occidentales que surgieron más tarde se han multiplicado, naturalmente, con mucha mayor rapidez, debido en parte a la gran masa de inmigrantes y en parte también porque las cuotas de nacimientos superaron a las de mortalidad.

Son aquí excepción únicamente Francia, donde las cuotas de nacimientos, durante largo tiempo en disminución, sólo permitieron un lento crecimiento demográfico, e Irlanda, cuya población disminuyó considerablemente debido a la emigración, a la tardía edad nupcial y al hambre de 1840. En general, puede decirse que por 1850 los menores de 15 años constituían el 35 por ciento de la población en los países occidentales. En 1950 la cifra era del 25 por ciento. Si bien subió el porcentaje de los mayores de 65 años, correspondió la mayor parte del desplazamiento a los comprendidos entre los 15 y los 65 años, es decir, a la población apta para el trabajo.

Una más breve historia del moderno movimiento demográfico evidencian la Europa oriental y meridional, el segundo grupo dentro de nuestra distribución. También aquí se produjo un claro proceso de cambio en la estratificación, si bien bajo condiciones culturales, sociales y económicas completamente dis-

tintas. Además este proceso no fue una imitación de las experiencias occidentales se produjo en su propio momento y a su modo. La tendencia a una mortalidad en disminución no debe sorprender dadas las conquistas de la medicina en el siglo xx y al general impulso hacia una vida más larga. Obsérvese que las consignas en el sentido de una más baja y controlada frecuencia de nacimientos no aparece vinculada al espacio, ni al tiempo. La Europa oriental y meridional demuestran que este requerimiento rebasa los límites de la cultura estrictamente occidental.

Por el año 1900, en que disponemos por primera vez de datos estadísticos completos, se situaban tanto las cuotas de mortalidad como las de natalidad de estos países por encima del nivel medio occidental en 1850. De modo distinto a lo ocurrido en Occidente, la ruptura con la tradición, en la mayoría de estos países del Este y del Sur de Europa, es un acontecimiento de este siglo. Una vez iniciado el movimiento adquirió un ritmo mucho más rápido. Entre las dos guerras mundiales la frecuencia de los nacimientos disminuyó en los países del Este y del Sur de Europa en el lapso de una década en una cuota para alcanzar la cual necesitó el Occidente, al principio de su movimiento demográfico, más del curso de una generación (unos 30 a 60 años). Actualmente las cuotas de mortalidad y natalidad de estos países se sitúan aun por encima del nivel medio occidental, pero la diferencia es ya mucho menor.

En los países en desarrollo, tercer grupo de nuestra división, la frecuencia de los nacimientos se ha detenido en casi todas partes en la fase tradicional. Incluso es posible que aumente en algunas zonas debido a la disminución de las cuotas de mortalidad, pero los datos estadísticos no suelen ser lo suficientemente fidedignos para poder juzgar con fundamento. Tal vez haya habido un ligero retroceso en la frecuencia de la natalidad sin que lo sepamos. Pero puede afirmarse con seguridad que no hay, en absoluto, señales de una fuerte disminución de las cuotas de nacimientos.

Entretanto la mortalidad ha disminuido en muchos países con tal rapidez que nada parecido registra la historia del movimiento demográfico. En todos los países subdesarrollados de que disponemos de estadísticas hasta cierto punto fidedignas, sobrepasa la cuota del descenso de la mortalidad, en los últimos 10 a 20 años, a la más alta cuota de retroceso que conocemos en la historia del movimiento demográfico de los países occidentales. Seguramente, disminuyen, según recientes datos, con menor rapidez las cuotas de mortalidad en otros países subdesarrollados, pero siempre es apreciable el retroceso, no obstante. En otras zonas en desarrollo —en el África central y el

Medio Oriente, por ejemplo— puede esperarse un retroceso de la mortalidad en el futuro, al punto de que las autoridades competentes de los gobiernos movilizan ya las armas de la medicina moderna. Resultado de esta evolución es un rápido aumento de la población en muchos países en desarrollo. Son ya cosa normal aumentos anuales de más del 2,5 por ciento, y no son raros los de más del 3 por ciento.

La cuota de natalidad, inalteradamente alta, de los países en desarrollo, traerá consigo una estructura de la edad en la que aproximadamente el 40 por ciento de la población será menor de 15 años en comparación con el 25 o 30 por ciento en otros países. Los medios de producción de que dispone el tipo medio de obrero, quedarán limitados. Habrá menos capital, menos fuentes naturales de recursos y formas de administración menos eficaces pero habrá que alimentar a más gente. Algo similar puede decirse en lo que atañe a la esfera de lo gubernamental un sistema de finanzas no desarrollado deberá enfrentarse a mayores exigencias de la sociedad, especialmente en lo que se refiere a la educación de la juventud.

Debido al alto porcentaje de gente joven en las sociedades preindustriales los adultos deben responder por un grupo de la población desproporcionadamente grande no apto todavía para el trabajo. La responsabilidad del grupo de la población apto para el trabajo —entre los 15 y los 65 años— respecto de los más jóvenes es el doble que en las naciones industriales. Es una carga demasiado pesada para estos países eco-

nómicamente débiles. Dado un tan alto porcentaje de niños e ingresos tan extraordinariamente bajos, es extraordinariamente difícil asegurar techo, alimentos y educación a los jóvenes miembros de la comunidad. Es posible, naturalmente, que un retroceso de la cuota de natalidad de los países en desarrollo, si llega a producirse, adquiera un ritmo mucho más rápido del que se evidenció en el pasado en Occidente. Una indicación en tal sentido es la celeridad de este proceso en los países en que empezó muy tarde: Alemania, los países de la Europa oriental y meridional y el Japón, por ejemplo.

Sobre los años esenciales de la evolución demográfica del Japón entre 1870 y 1920, sabemos, desgraciadamente, muy poco. Pero sabemos que ya en 1920 la cuota de natalidad disminuyó, que entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial siguió disminuyendo y que después de la última guerra bajó aún más rápidamente. Hoy se sitúa la cuota de nacimientos del Japón por bajo de la de los países occidentales y su cuota de mortalidad no es mucho más alta.

Para terminar esto, podemos decir con certidumbre absoluta: si en los países en desarrollo se inicia un movimiento demográfico a causa de un retroceso de la natalidad, el comienzo y la rapidez con que este proceso se produzca será algo decisivo para el futuro bienestar y la seguridad de la mayor parte de la población del mundo.

(Traducción de Ramón de la Serna)

DESPUES DE TRES MILENIOS REAPARECE EL PALACIO DE KATO ZAKRO

En la costa oriental de Creta se acaba de descubrir un palacio, perfectamente conservado, del segundo milenio antes de J. C. Las cenizas y la lava de una erupción volcánica habían sepultado un espléndido centro de la civilización de Minos que los arqueólogos han empezado a excavar bajo la dirección del profesor Nicolás Platon. Su descubrimiento constituye uno de los más importantes hallazgos de la arqueología de las últimas décadas desde el momento en que el monumento nunca sufrió el despojo de los saqueos como los palacios de Knossos.

En las numerosas cámaras y salas del recién descubierto palacio de Kato Zakro se han encontrado obras de arte de valor inmenso, especialmente tesoros de metales preciosos y utensilios de bronce. De las 250 estancias han sido ya excavadas 65. El palacio era residencia de un monarca sometido a la ley de Knossos

según la tesis del profesor Platon. Los aposentos reales se encontraban en el lado occidental del gran patio central y constaban de un salón del trono con antesala, de una megaron (sala de recepciones) y un comedor. La ornamentación de estos aposentos consistía en superficies policromas rectangulares de estuco en relieve. El comedor está decorado con un friso en espiral de una longitud total de 26 metros. La dura masa del estuco es una mezcla de resina y cera.

Según el profesor Platon el descubrimiento del palacio de Kato Zakro confirma la teoría del profesor Marinatos de que el repentino fin de la civilización de Minos, en Creta, se debió a una gigantesca erupción volcánica, acompañada de maremotos y terremotos, en la isla de Thera, situada al noroeste de Creta, entre los años 1470 y 1440 antes de J. C.